

Cardenal Joachim Meisner, Arzobispo de Colonia

**Prédica en la celebración eucarística
con ocasión de la Reunión de Consejo General de la Obra Kolping
Iglesia de los Minoritas, Colonia Alemania, 23 de mayo de 2005**

Estimadas hermanas, estimados hermanos:

En poco tiempo más, se llevará a cabo aquí en Colonia la Jornada Mundial de la Juventud y, por lo tanto, el Arzobispo de Colonia no puede dejar de mencionar dicho evento, que se realizará bajo un tema que nos compete a todos. Tal como lo decidiera expresamente el Santo Padre, esta Jornada Mundial de la Juventud se celebrará bajo el lema de las palabras del Evangelio según San Mateo "Hemos venido a adorarle". La encarnación de Dios nos pide arrodillarnos y orar ante el misterio del amor divino, que excede toda comprensión. Comprendemos que Dios nos ama, pero nos desconcierta que nos haya amado hasta el pesebre y hasta la cruz. Ante el pesebre, el corazón del hombre no puede más que sorprenderse por el amor divino. Un amor que supera tales resistencias y une tales opuestos, ya no es un amor de este mundo. Ante ese amor existe como única actitud digna, la actitud asumida por María y José, por los pastores de Belén, por los Reyes Magos de Oriente, por los pueblos cristianos de todos los tiempos, y esa actitud es la adoración.

Por eso, el pesebre de Belén constituye el punto central de toda adoración, el punto de culminación de todo amor, el punto de inflexión de todos los tiempos y el punto de partida de toda salvación. Ese abismo de amor que se hace visible allí, esa locura de un Dios que se hace carne, confunde a la razón humana. "Todo, menos eso", exclamará el ateo. Ese pesebre pone al ser humano frente a una encrucijada. O acepta a Dios y el Misterio de su amor, o los rechaza.

Cuando un ser humano se decide por Dios, comienza a participar inmediatamente del misterio divino. Dios está infinitamente por encima de los seres humanos. Sus caminos no son nuestros caminos y su ser está rodeado de un profundo misterio. Si el ser humano comprendiera a Dios, o Dios dejaría de ser Dios o el hombre dejaría de ser hombre. Porque "comprender" quiere decir estar al mismo nivel. Si el ser humano desea ocupar el lugar que le es propio, deberá arrodillarse ante el infinitamente mayor. Pero si rechaza a Dios, entonces elige el absurdo, el caos y el infierno y su vida no será sino un relámpago entre una nada y otra nada. Nunca reconocerá lo absoluto, lo indispensable para el ser, es decir, nunca reconocerá a Dios si meramente añade lo relativo al relativo o multiplica lo casual por lo casual. Explicar la

existencia del mundo, cuyas partes pueden desaparecer y que no tienen su razón de ser en sí mismas, mediante la simple yuxtaposición de todos sus fragmentos, implica decidirse por lo absurdo. ¡Dios o nada! ¡El misterio de Dios o el caos! No tenemos otra elección: Para reconocer claramente lo correcto, antes debemos arrodillarnos.

Cuando el hombre pierde la conciencia de la presencia de Dios, es decir, cuando se interrumpe su vínculo con lo alto, está perdiendo lo mejor que tiene. Ya no se deja conmover, lleno de veneración y confianza, por la esencia de lo sagrado. Este tipo de personas podrá ser muy eficiente en cuestiones de segundo y tercer orden, principalmente en la técnica y en la civilización, pero ya no lo inquietan las preguntas eternas: "¿Quién soy, de dónde vengo y adónde voy?" – ¡Es una gran pérdida! Es esta inquietud la que haría al ser humano superior a todas las demás criaturas, dándole una fuerza y una energía y dotándole de una sublime conciencia imposibles de ser aplastadas. Pero, lamentablemente, esas personas carecen absolutamente de un mundo superior. Ya no hay firmamento sobre sus cabezas. Viven como en casas sin techo. Allí anida el espanto. Las regiones en que las moradas de los seres humanos tienen esas características, pierden su nivel cultural. El comunismo creó ese tipo de desiertos culturales. Para convencerse de esto, basta con visitar los monótonos barrios nuevos en las grandes urbes de las regiones del ex-bloque comunista.

La encarnación de Dios es, en primera instancia, un acercamiento a la adoración. Es tan poco frecuente que los seres humanos adoren verdaderamente. Cuando oran, lo hacen en general para mendigar o para quejarse ante Dios. Demasiado a menudo, nuestra oración constituye un gesto que nos retrae y reconcentra aún más en nosotros mismos, en lugar de abrirnos a Dios. Si nosotros hubiéramos inventado el Padrenuestro, probablemente habríamos invertido el orden de las peticiones y habríamos comenzado así: "Padre nuestro que estás en los cielos, el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy y líbranos del mal". Y después quizás - aunque ni siquiera eso no es del todo seguro - habríamosorado para que se hiciera su voluntad y viniera a nosotros su reino. La primera obligación frente a Dios consiste en reconocerlo como aquel que es, es decir, como Dios, como infinito, eterno, incomprensible e imponente. Un hombre arrodillado ante Dios es algo grandioso. Quien adora, está en el lugar adecuado, tiene sentido de proporción y medida dentro de la realidad. Afirma que él no es nada y Dios lo es todo. Esa es la pura y justa verdad. La adoración es el comienzo de toda verdadera oración.

Donde el ser humano deja de arrodillarse en la adoración, dejará de estar a la altura de la vista de Dios y entonces Dios desaparecerá ante su semblante y en consecuencia, se hundirá el sol y se acercará el gran frío interior. "No orarás nunca más, no adorarás nunca más, nunca más descansarás en una confianza infinita; ya no tienes ni un guardián ni un amigo permanente para tus siete soledades; amas sin tener vista a una montaña que tenga nieve encima de su cabeza y fervor en el corazón. Ya no existe razón en aquello que sucede, no hay amor en aquello que te sucederá." Esto no lo escribió ningún místico religioso, sino el más sincero de todos los ateos, Federico Nietzsche, en su libro "La Gaya Ciencia". Y en otro libro continúa escribiendo: "¿Quién te da calor? ¿Quién te ama todavía?" – Eso es el infierno. Vuelvo a repetirlo, esto no lo advirtió un cristiano, sino Federico Nietzsche, el más honesto de los hombres sin Dios.

Pero allí donde el ser humano se arrodilla en la adoración, es decir, donde se ubica a la altura de la vista de Dios, allí se ennoblecerá y ganará en dignidad. El imperio de Dios no oprime, sino que eleva al humilde. Todo aquel que puede tratarlo de "tú", debe reconocer: "El poderoso ha hecho maravillas en mí" (Lc 1,49). Que tú me ames hace que yo sea digno de mí mismo. El valor y la grandeza del ser humano se fundan en el hecho de que pertenezca a Dios, sí, de que Dios lo ame. Y si nos tratamos de "tú" con Dios, si estamos prácticamente con los ojos a la misma altura, nunca seremos algo que se pueda esclavizar, explotar ni desechar. El hecho de que Dios me ama, hace que yo caiga en la cuenta de mi propia dignidad.

Efectivamente, fue el cristianismo el que abolió la esclavitud y enseñó a estimar al ser humano como persona. En el "tú" hay amor. Y el amor, donde es auténtico, no es de este mundo; es de Dios. Es cierto que también existe un "tú" entre los seres humano sin un "tú" hacia Dios. Pero este "tú" sólo existe gracias a una feliz incoherencia, la cual, sin embargo, nunca puede generalizarse y nunca deja de provocar daño. En esa situación, uno se convierte rápidamente en un medio para un fin, en esclavo del interés personal y de la ambición del otro. Por eso necesitamos la seguridad que encontramos en nuestro gran "tú", que nos abraza cuando lo adoramos.

La adoración no es un acto solitario. "Vengan", se decían unos a otros los pastores de Belén, "Vengan, adoremos al Señor". La liturgia de la Iglesia reitera esta invitación una y otra vez. Los Reyes Magos tampoco llegan solos a adorar a Jesús. La adoración no es un proceso del individuo sino, especialmente, de la comunidad. Que nuestros jóvenes vengan a la Jornada

Mundial de la Juventud a Colonia como los Reyes Magos, siempre de a tres, es decir, que cada uno busque otros dos y los traiga. Debemos arrodillarnos juntos ante el Señor, como grupo, como comunidad, como familia, para cumplir con esta maravillosa tarea que es adorar a Dios. Las voces que se funden en la oración, se convierten en una alabanza a Dios imposible de ser desoída y convierten a los devotos en una célula originaria de la Iglesia. Una comunidad que adora de modo conjunto es solidaria y se mantiene unida. La adoración es el cemento que une a los miembros de una comunidad, generando unión, fidelidad y un cariñoso amor mutuo. Y sólo a partir de esa adoración puede surgir una comunidad verdadera y auténtica.

Realmente no puedo imaginarme que alguien con personalidad y experiencia pueda creer absolutamente en otra persona, independientemente de quién sea ésta, que pueda depositar todas sus esperanzas en ella y amarla por encima de todas las cosas. Es que sólo se puede amar al prójimo, si se lo ama a través de Dios. El poeta francés Paul Claudel dice: El "tú" que pronuncia el hombre nunca le satisface del todo a la mujer y el "tú" de la mujer nunca le satisface del todo al hombre; nunca el "tú" del pobre y del enfermo satisface del todo al médico o a la enfermera, nunca el "tú" del niño satisface del todo a su educador. Se necesita además un "tú" al que se pueda orar, sí, al que se pueda adorar. ¿Deseas poder liberarte alguna vez en tu vida de tus preocupaciones y aflicciones?- ¡Sin Dios no es posible! ¿Deseas que ningún sacrificio en la vida quede olvidado, que ninguna preocupación quede incomprendida, que ninguna pérdida sea en vano? - ¡Sin Dios no es posible! ¿Deseas que una mano reparadora y justiciera se pose sobre todo amor frustrado y sobre todo amor abusado? – ¡Sin Dios no podrá suceder! ¿Deseas saber para qué tuvieron sentido, a fin de cuentas, todos los sufrimientos, todos los dolores, todas las renunciaciones? - ¡Sin Dios nunca lo sabrás! Pero como Dios vive y porque lo encuentras en la adoración, alguna vez lo sabrás, aunque aún no lo sepas. ¡Es suficiente! Pero también es necesario para que nuestra vida terrenal sea soportable, por lo menos, para las personas que piensan.

Venga, pues, el reino de nuestro gran "Tú" y no es otro el deseo del corazón de un hombre que adora. Lo mismo nos dicen las conocidas palabras de adoración que formula San Agustín: "Nos creaste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti." Amén.